

Ensayo científico/ LA CULTURA: LO LOCAL Y LO GLOBAL

Por: **Adith Shilley Gómez**
(adithgomez@gmail.com)

Recibido: 10/11/2019
Aprobado: 09/03/2020

Resumen

En el presente ensayo se reflexiona sobre la cultura y su relación con la identidad. Se argumenta que la identidad cultural se encuentra íntimamente ligada a la noción de territorio y se rechaza la idea de una geocultura como representación de la identidad cultural.

Palabras clave: Cultural; Local; Global.

CULTURE: THE LOCAL AND THE GLOBAL

Abstract

This essay reflects on culture and its relationship with identity. It is argued that cultural identity is closely linked to the notion of territory and the idea of a geoculture as a representation of cultural identity is rejected.

Key words: Cultural; Local; Global.

Generalidad

La comprensión del plano cultural ha sido un tema controvertido en las ciencias sociales a lo largo de la historia. En este ensayo se asume la cultura como identidad social y como un universo simbólico. Se adopta la noción de cultura aportada por Eunice Durham (1984) quien la concibe como un proceso tendente al cambio y materializado en las prácticas sociales. Para la autora "los sistemas simbólicos forman parte de la cultura en la medida en que son constantemente utilizados como instrumento de ordenación de la conducta colectiva, esto es, en la medida en que son absorbidos y recreados en las prácticas sociales". Así pues la cultura será entendida a partir de su aporte como un proceso dinámico tendente al caos, soportado sobre sistemas simbólicos resultantes de la acción social, en contextos socio-históricos específicos.

Concepciones sobre la cultura

Se han realizado numerosos esfuerzos por definir la cultura, a lo largo de la historia. Kroeber y Kluckhohn (1952), encontraron más de doscientas acepciones para la voz cultura, y luego de reagruparlas las clasificaron en siete grupos: las descriptivas que están focalizadas en una lista de variables; las históricas las cuales se concentran en elementos transmitidos y heredados por los grupos sociales; las normativas que se centran en los valores y normas que regulan el comportamiento humano; las psicológicas las cuales toman en cuenta la manera como los sujetos se adaptan al entorno; las estructurales que están basadas en la organización de la cultura; las genéticas las cuales resaltan la importancia de la cultura en la producción de un legado tangible y finalmente, las incompletas entendidas como aquellas que abordan únicamente un aspecto de la cultura.

Lo anterior tiene su explicación en el hecho de que el concepto de cultura, con el paso del tiempo y de los aportes desde la antropología, ha sufrido varias transformaciones, las cuales no son necesariamente excluyentes unas de otras. Tylor (1871: 64) fue el primer antropólogo en definir la cultura más allá del sentido literal dado por la ilustración en el siglo de “cultivarse así mismo” entendiéndola como la cultura o civilización, en sentido etnográfico amplio, es aquel todo complejo que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la moral, el derecho, las costumbres y cualesquiera otros hábitos y capacidades adquiridas por el hombre en cuanto miembro de la sociedad.

A partir de este concepto se han venido generando diferentes discusiones en torno a lo cultural pues Tylor (op.cit) concibe, desde el evolucionismo social, la cultura como un elemento de reproducción social con un sentido mítico, dado a sus estudios etnográficos; sin embargo, es de resaltar que deja de un lado el sentido histórico inscrito en el término y las diferencias culturales entre los pueblos, pese a que el aporte más relevante de su propuesta fue el relacionar la cultura con el nivel de educación.

La propuesta de Taylor fue rechazada por la escuela antropológica norteamericana y los funcionalistas británicos. En este contexto, surge la concepción de Boas (1858-1952), quien postula que la cultura es el resultado de los procesos históricos que experimentan las sociedades. Para Boas existe la cultura y las culturas, de acuerdo con

él, cada cultura tiene elementos que le otorgan particularidad, es decir, reconoce el relativismo cultural.

Los funcionalistas británicos, entre los cuales se encontraba Malinowski (184-1942) consideraban que la cultura es un conglomerado de funciones cuya función consistía en amalgamar la sociedad y sus componentes, logrando la interacción armónica entre éstos. En el momento en que los británicos y los norteamericanos debatían el concepto de cultura, en Francia, la evolución del término se encontraba un poco estancada para la época. El aporte sustancial de los franceses surgió con Durkheim quien determinó la primacía de lo social sobre lo individual y no es sino hasta el aporte de Levi Strauss (1829-1902), que la noción sobre lo cultural se amplió, al identificar los elementos comunes en las diferentes manifestaciones culturales, a pesar de la univocidad del género humano. Desde un punto de vista estructural, el autor señala que toda cultura puede considerarse como un conjunto de sistemas simbólicos dentro del cual, en primer lugar, se ubican el lenguaje, las reglas matrimoniales, las relaciones económicas, el arte, la ciencia, la religión. Todos estos sistemas apuntan a expresar ciertos aspectos de la realidad física y de la realidad social y, más aun, las relaciones que existen entre estos dos tipos de realidad y entre los sistemas simbólicos mismos.

En este punto, la cultura se asume como un elemento de carácter abstracto, a pesar de que la visión positivista permeó el término hasta la propuesta de Geertz (1926-2006), quien realizó una crítica a la postura tradicional sobre la cultura y la entiende como un universo simbólico, que es inherente a la naturaleza humana. Al respecto postula el concepto de cultura al cual me adhiero denota una norma de significados transmitidos históricamente, personificados en símbolos, un sistema de concepciones heredadas expresadas en formas simbólicas por medio de las cuales los hombres se comunican, perpetúan y desarrollan su conocimiento de la vida y sus actitudes con respecto a ésta.

Para el antropólogo francés, la cultura es un sistema simbólico abstracto, intangible y transmisible que puede estar tendente al cambio. Sobre este particular se basan los aportes recientes sobre el término. Clifford (1997), apuesta a un concepto más global y desterritorializado al presentarse fenómenos como las olas migratorias. Para él, la cultura puede ser diásporica. Mientras que investigadores como García Canclini (2015), hacen énfasis en el concepto de hibridación cultural y en los intercambios culturales entre lo local y lo global. El autor la define como “el conjunto de procesos donde se elabora la significación de las estructuras sociales, se la reproduce y transforma

mediante operaciones simbólicas”. García Canclini (2015), propone la noción de cultura híbrida la cual es resultante de la mezcla de las diferentes cosmovisiones que se encontraron en América Latina y de ahí el dinamismo que presenta la cultura como característica inmanente.

El carácter simbólico de la cultura abarca todos los espacios de la vida y no se limita únicamente a ser interpretada como un texto sino que trasciende a esa noción afirma Giménez (2005) quien basándose en Gramsci entiende la cultura como todas las prácticas de la vida social: hablar, vestirse, trabajar, caminar, cocinar, los ritos, etc. El autor señala que la cultura posee autonomía por lo que argumenta no debería analizarse como una estructura sino como “prácticas simbólicas dispersas y descentralizadas”.

Basa su argumento en la teoría de Swidler (1984) que concibe la cultura como una “caja de herramientas”, desde su perspectiva los sujetos culturales no sólo viven dentro de una cultura sino que también utilizan elementos de ésta para comprender sobre su comportamiento y las decisiones que toman, más que asumirse como seres pasivos que son afectados por la cultura. Para Giménez (2005), las prácticas culturales gravitan en torno a las directrices impartidas desde dispositivos sociales dominantes económicamente como el Estado, la iglesia, las corporaciones y los medios de comunicación.

Por otra parte, el carácter simbólico de la cultura también le concede un rostro semiótico, por lo que Lotman (1979), afirma que sobre la idea de lo no cultural emerge la cultura como un sistema de signos. Al analizar la cultura como un sistema de signos y la no cultura como su opuesto, el autor identifica los siguientes atributos que otorgan a la cultura su significado, así ésta es un sistema artificial, convencional, capaz de condensar la experiencia humana; en oposición a la no cultura que es innata, natural y es el estado original de la naturaleza humana, opuesto a estado original de la naturaleza. Así los cambios en la cultura encierran un nivel elevado de semiótica del comportamiento humano.

En este sentido, Eco (1973), afirma que todo fenómeno cultural es fenómeno semiótico y viceversa. Así pues, a pesar de las diferentes posturas que han surgido a través del tiempo, todos tienen en común el valor semiótico que comporta el plano cultural. Giménez (op.cit) por su parte asevera que las diferentes posturas estructurales, marxistas, cognitivistas, funcionalistas y la semiótica cultural no son contradictorias

sino que se complementan entre sí. De modo tal que no existe una noción definitiva sobre la cultura.

La concepción semiótica de la cultura

Dado lo expuesto hasta ahora, se puede afirmar que existe una relación de interdependencia entre los sujetos sociales, sus prácticas sociales y la cultura. No puede existir la cultura sin los sujetos sociales ni los sujetos sociales sin la cultura. Lo anterior pone en evidencia que la cultura, como lo propone Bourdieu (1995), no sólo se manifiesta en formas concretas y tangibles como las obras de arte, los vestidos, las instituciones o cualquier forma material objetivada; sino también se puede manifestarse en formas interiorizadas del mundo de la vida como la educación. En otras palabras la cultura abarca todo lo que los seres humanos hacen y todo lo que piensan. Es decir que somos seres culturales y no simplemente seres sociales puesto que las prácticas sociales están determinadas por la cultura.

Sobre este particular, Bourdieu (1972), propone el concepto de habitus el cual puede entenderse como las formas de actuar de una persona de acuerdo a sus ideas, sentimientos, valores que han sido adquiridos en el seno social específico al cual se encuentra adscrito, por lo tanto la cultura se interioriza en forma de signos o símbolos. En este sentido, reconoce que los sujetos culturales determinan su actuar a partir de formas objetivadas e interiorizadas que les permiten estructurar su realidad social. Así el habitus será un principio generador de prácticas sociales pues se entiende como cultura incorporada, que será guía para el accionar de los sujetos sociales. El habitus se traduce como cultura interiorizada que ha sido adherida al “inconsciente social” en forma de sentido común, producto de la historia y de la historia de vida de los sujetos sociales.

La cultura entonces se puede comprender como una especie programación semiótica y simbólica que aporta significación al mundo de la vida, ante esto nos permitimos reafirmar que nada de carácter humano existe fuera de ella. La faceta social de los seres humanos es un componente del plano cultural que se presenta como un universo de significación que configura la realidad y las realidades, a partir de sus contextos socioculturales y por su puesto a través del lenguaje.

Actualmente, existe una tendencia cada vez más proclive hacia la creación de una sociedad globalizada. Por lo que se comienza a hacer una distinción entre la cultura global y las culturas locales. Sobre esto existe todo un debate pues pareciera que la

tendencia es más hacia la conformación de una cultura global o geocultura, especialmente por la capacidad de comunicación que se ha alcanzado a través de las conexiones a través de internet, determinadas por los intereses económicos de los países política y económicamente dominantes a nivel mundial. Esta tendencia no resulta sorprendente pues la cultura se muestra como un elemento dinámico y abierto a transformaciones.

Ahora bien, si la apuesta es por la generación de una cultura global y desterritorializada ¿dónde queda la noción de identidad cultural? Esta identidad es proporcionada por la adhesión a determinado territorio y la historia cultural enraizada en cada sociedad e internalizada por sus miembros. ¿Significa que estamos al borde de una uniformidad cultural? ¿O será que la geocultura o cultura o global es sólo un simulacro? Ante este panorama geocultural queda reflexionar sobre la noción de identidad cultural.

La identidad cultural

¿Qué se entiende por identidad cultural? Existen diferentes formas de abordarla. Para Hegel (1770-1831) la identidad se entiende como autoconsciencia o conocimiento de sí mismo, lo que implica el reconocimiento de los objetos pues la dualidad sujeto-objeto permite tener autoconsciencia, la no auto- consciencia es la carencia de sí mismo, lo que deviene en un búsqueda constante de sí. La identidad hegeliana se entiende como la adscripción de los sujetos a un grupo determinado, con el que comparte la cosmovisión del mundo y aunque se separe de él, reafirma las semejanzas compartidas con éste. En este sentido, la consciencia de la otredad genera identidad. González (2000, pág. 43) ofrece una conceptualización sobre identidad cultural: "...La identidad cultural de un pueblo viene definida históricamente a través de múltiples aspectos en los que se plasma su cultura, como la lengua, instrumento de comunicación entre los miembros de una comunidad, las relaciones sociales, ritos y ceremonias propias, o los comportamientos colectivos, esto es, los sistemas de valores y creencias (...) Un rasgo propio de estos elementos de identidad cultural es su carácter inmaterial y anónimo, pues son producto de la colectividad" (pág.7).

Así, la cultura define y configura la identidad cultural a través de los medios de socialización primarios como la familia, la escuela y la iglesia. La identidad cultural se ha asumido desde dos posturas antropológicas una esencialista y otra constructivista, al

tiempo que han surgido dos posturas alternativas desde la psicología social; la de la otredad y la de identidad como una construcción social.

En primer lugar, la posición esencialista mantiene que los aspectos culturales son heredados y transmitidos de generación en generación, formando una identidad cultural a través del tiempo. En el mismo campo del saber, la constructivista se opone a la idea de la identidad como capital heredado y postula que la identidad cultural es un constructo social en constante desarrollo, lo que le otorga un carácter un sentido dinámico. Por otra parte, la interpretación dada desde la otredad, asume que la identidad cultural surge en el proceso de apertura hacia los otros, en la apreciación de los códigos comunes al entrar en contacto con la diferencia.

Por último, está la visión de Berger y Luckmann (1984), quienes consideran que entre la identidad y la sociedad existe una relación de interdependencia pues una configura a la otra y viceversa, a través de la interacción entre la conciencia individual y la estructura social, la primera modifica constantemente a la segunda. En el presente aporte, se asumirá la identidad cultural como un elemento dinámico surgido a partir de la diferencia con otras identidades culturales, y la cual se constituye y reproduce en seno social enmarcado en un espacio y tiempo específico.

En los últimos años ha surgido la visión de una identidad tendente a la homogeneidad o al menos así la han intentado “vender”, es decir, se ha mercantilizado la noción de identidad cultural. Autores como Giménez (2005), mencionan que la intención de construir una idea sobre una identidad globalizada reposa sobre intereses hegemónicos desde políticas económicas neoliberales, igualmente lo hace Sewel (1999), para quien la cultura globalizada obedece a políticas de homogeneización, jerarquización, marginalización o exclusión, de todo individuo o grupo que no haga vida activa en el mercado internacional.

De modo tal que pensar la cultura desde la globalización parece suponer la alienación y el desarraigo de las formas locales, para asumir una geocultura en la que se implanten nuevos valores, costumbres, principios y por supuesto, se maneje un idioma universal. Pareciera una visión utópica de una sociedad global que comparta una geocultura; sin embargo, para nadie es un secreto que existen nodos de poder que dominan el sistema económico, así pues que la propuesta de la geocultura es la versión

moderna de la colonización de los otros, del rechazo de la otredad y la generación de una identidad global, la de consumidor.



Fuente: Obra digital "Cultura", de Ramón E. Azócar A., 2020.

El concepto de otredad en el tema cultural es determinante pues sólo a partir del reconocimiento y aceptación de la diferencia se puede lograr el auto-reconocimiento, por lo que en este trabajo rechazamos la idea de una geocultura como generadora de una identidad cultural homogénea sino antes bien la interpretamos como un elemento integrador entre la cultura local y la cultura global.

Como se dijo antes, la identidad cultural es un proceso dinámico que se encuentra en constante cambio pero que a través de la memoria cultural preserva aspecto muy cercano al individuo como la afiliación étnica. Las características de la sociedad actual suponen el intercambio cultural a través de los medios de comunicación y de las migraciones, por lo que el contacto intercultural permite por un lado, afianzar la propia identidad y por otro conocer y comprender otras culturas y otras cosmovisiones, sin que necesariamente se produzcan procesos de transculturización o aculturación.

En este sentido, la diáspora venezolana es un elemento a favor para la construcción de una identidad cultural venezolana, a partir de la noción de otredad, como elemento generador de identidad cultural, al comparar las prácticas sociales sobre la cortesía con respecto a las empleadas en otros países hispanohablantes y no hispanohablantes.

Referencias bibliográficas

- Bourdieu, P. (2008). *Capital Cultural, Escuela y Espacio Social*. Siglo XXI, editores.
- Berger, P. y Luckmann, T. (1995). *La Construcción Social de la Realidad*. Amorrortu
- Clifford, J. (1997). *Routes: Travel and Translation in the Late Twentieth Century*. Harvard University Press.
- García Canclini, N. (2015). *Culturas Híbridas*. Edusp. Brasil.
- Geertz, Clifford, 1992. *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Gramsci, Antonio (1975). *El materialismo histórico y la filosofía de B. Croce*. En *Obras de Antonio Gramsci*, vol. 3, México: Juan Pablos Editor.
- Kroeber, A.L. and Kluckhohn, C. (1952) *Culture: A Critical Review of Concepts and Definitions*. Peabody Museum, Cambridge
- Lotman, Y. (1979). *La semiótica de la Cultura y Escuela de Tartú*. Cátedra.
- Sewell, Jr., William H. (1999). "The Concept(s) of Cultura. En Victoria E. Bonnell and Lynn Hunt, (eds.). *Beyond the Cultural Turn*. Berkeley – Los Angeles – London: University of California Press, pp. 35-61
- Taylor, Charles y otros (2001). *Multiculturalismo y la "política de reconocimiento"*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Torres, V. (1998). *Notas sobre urbanidad y buenas maneras: de Erasmo al manual de Carreño. Historia y nación (actas del Congreso en homenaje a Josefina Zoraida Vázquez)*. [Documento en línea] disponible en: <https://www.jstor.org/stable/pdf/j.ctv47w6st.10.pdf?refreqid=excelsior%3Aadf1b26522289897094796dce7064fa0>